

QUICO ALSEDO

VÍCTIMAS DE LO TRANS

UN VIAJE A LAS REALIDADES DE
QUIENES HAN SUFRIDO EL IDEARIO
QUEER EN SUS PROPIAS CARNES
EN ESPAÑA



CÓMO Y POR QUÉ EL FENÓMENO TRANS REPRESENTA UN PELIGRO SOCIAL



DEUSTO

Víctimas de lo trans

Un viaje a las realidades de quienes
han sufrido el ideario *queer* en sus propias
carnes en España

QUICO ALSEDO



EDICIONES DEUSTO

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Quico Alsedo, 2024

© Centro de Libros PAPP, SLU., 2024

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPP, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Sylvia Sans Bassat

Primera edición: marzo de 2024

Depósito legal: B. 1.635-2024

ISBN: 978-84-234-3686-6

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España



Sumario

Introducción	11
Capítulo 1	21
Capítulo 2	25
Capítulo 3	29
Capítulo 4	35
Capítulo 5	42
Capítulo 6	48
Capítulo 7	54
Capítulo 8	67
Capítulo 9	77
Capítulo 10	85
Capítulo 11	91
Capítulo 12	95
Capítulo 13	112
Capítulo 14	118
Capítulo 15	126
Capítulo 16	132
Capítulo 17	144
Capítulo 18	149
Capítulo 19	160

Capítulo 20	166
Capítulo 21	171
Capítulo 22	187
Capítulo 23	192
Capítulo 24	201
Capítulo 25	206
Capítulo 26	214
Capítulo 27	219
Capítulo 28	227
Capítulo 29	235
Capítulo 30	243
Capítulo 31	252
Capítulo 32	260
Capítulo 33	268
Capítulo 34	276
Capítulo 35	287
Capítulo 36	293
Capítulo 37	300
Capítulo 38	308
Capítulo 39	314
Capítulo 40	321
Capítulo 41	331
Capítulo 42	339
Capítulo 43	344
Capítulo 44	350
Epílogo	357
Agradecimientos	365

Lo primero que aprendió Amelia Guerrero es que no valía cualquier cuchillo.

Pero también que si el dolor se quedaba dentro era peor.

Si no había nadie a quien contárselo todo, era peor. Que mamá y papá tampoco estuvieran ahí para escuchar era un horror. Con el cole no se podía contar: allí sí que todo era mucho peor. Tener diez añitos y sentirte sola de toda soledad, una extraña en el mundo, era una auténtica mierda. Había que sacarlo todo, como fuera. Y la idea era fácil: si cortas, sale. Tú cortas y el dolor y el miedo salen. Por fuerza tendrán que salir, ¿no?

Lo que pasa es que no valía cualquier cuchillo. Y menos los normales de cocina. A me lo sabe porque allá se fue, a la cocina.

Me la imagino de pequeña, un mico de diez años, el pelo negro y largo, seguro que las gafitas ya en la punta de la nariz, entrando en la cocina de la casa familiar, en Arcos de la Frontera, Cádiz, 30.000 habitantes, un pueblo precioso, encalado en un blanco que estalla al sol. Entrando a buscar

un cuchillo. Para cortarse en el brazo y poder sentir algo. Para sentir quizá que controlaba su dolor. Aunque para ello tuviera que causarse algo más de dolor. Lo que pasa es que, leches, aquello no funcionaba. Los de la cocina no cortaban, el rollo claramente no era ése.

Convendréis conmigo en que no es la mejor forma de comenzar un libro. Con una niña automutilándose, y encima haciéndolo mal.

Pero es que aquí sigue esta tragedia, diez años después. Con Ame ya no una niña en edad escolar, sino una mujer de veinte, sentada ante mí en una cafetería de Sevilla, estudiante de Historia, tirando *pa'lante* en la vida y contándome el pasado, pero aún bajo el embrujo, todavía bajo el volcán, recomponiendo los pedazos.

Carácter es destino y por eso Ame consiguió salir de una de las mazmorras más recónditas y jodidas que existen: la que su propio miedo creó.

Pero todavía hoy, debajo de esta chica que veo ante mí, en esta cafetería *random* cerca de la estación de Santa Justa —y llueve fuera, y Sevilla está gris, y no tiene hoy ningún color especial—, está la niñita que se escabulle hacia la cocina en busca de un cuchillo.

Y el cuchillo no corta y volvemos a empezar.

«Me di cuenta de que no eran cuchillos, eran cuchillas lo que necesitaba», me explica. De dónde lo sacó ya lo podemos imaginar. Tumblr, Instagram, esos pozos negros, espejos deformantes de los egos y las vidas editadas (y por ende falsas), hogueras de vanidades. Ahí, en internet, encontró Ame, con facilidad pasmosa, cómo machacar su cuerpo infantil. Y empezó a hacerlo.

«Al principio era una cosa inocente. No sabes muy bien por qué lo haces... Luego se convierte en una adicción y ya no puedes parar.»

Le pido que suba de nuevo la escalera, para explicarnos: «Primero usé cuchillas de sacapuntas, y alguna de afeitar que encontré. Luego ya una amiga me dejó una. También compré yo algún cúter».

Era su lugar favorito, su escondite, su vida verdadera. La otra dolía mucho más.

«También me ayudó alguna serie como *American Horror Story*, me enseñó cómo.» Más tarde intentaré entrever algún capítulo y me cagaré de miedo. Leeré una crítica elogiosa: «Fantasía depravada de terror y sexo». ¿Qué hacía una niña de diez años viendo una cosa tan tenebrosamente terminal? No soy capaz de pasar del tráiler, en el que una de las protagonistas, una niñita de sonrisa mórbida, dice: «Duele hacer cosas bonitas».

Lo bonito duele. Hay cosas que sólo nos podemos tragar con la droga del ideal romántico.

«No sucedía a una hora determinada y tampoco en un lugar determinado —me cuenta Ame—. Sólo tenía que estar aislada, lo importante era eso, y el impulso de sacar fuera lo que no podía contarle a nadie.» Sacar. Pero ¿qué había que sacar?

Con diez años y cortándose en el brazo, trazando en él líneas longitudinales con el filo, la sangre goteando hacia el suelo, Amelia es cualquiera de nosotros, pero con un dolor intransferible.

«Si vas a contarlo en el libro, avisa antes, porque puede ser duro», añade con esa bendita inocencia suya. Y voy y

arranco por aquí, sin anestesia. Perdóname, Ame, pero es muy importante contarlo como es.

«Una vez que empiezas, ya no puedes parar. Es como si tu frustración, tu rabia y tu tristeza las metieras ahí, en cortarte. Muchas veces ni siquiera necesitas un motivo, acaba siendo una cosa automática que haces una y otra vez sin saber por qué. Y ya no puedes salir, hay algo que te empuja a volver a hacerlo.»

Ame escondida cortándose. Completamente aislada. Herméticamente encerrada.

La historia de uno es la de todos. Ahora lo sé: Ame se cortaba por nosotros.

La vida anterior de Flavia Menéndez, con sus muchos meandros, había sido sólo un preámbulo hasta aquella mañana de 2017.

Flavia siempre quiso cantar. Profesionalmente. Dedicarse a cantar.

No me extraña porque tiene una voz preciosa. Podéis encontrarla, bajo un nombre artístico que desafortunadamente no puedo desvelar, en YouTube. Lo mismo te canta un fado con la hondura de una Dulce Pontes que se acerca a la Niña de los Peines. O se adentra en la salsa como si en vez de nacer en Santiago de Compostela en 1974, lo hubiese hecho en Santiago de Cuba en 1930.

Flavia: una mujer alta, rubia, dominante, que desde el escenario canta sin miedo al viento. Eso se ve en los vídeos, que en 2023 todos tienen ya, ay, demasiados años. Porque ella quería cantar, pero la vida tenía otros planes.

Así que cuando se queda embarazada en 2001, con veinticinco años, y el dinero no llega, hace lo que tantos gallegos antes: coger maleta y avión.

Se va a Las Palmas, tiene otro hijo con otro hombre, vuelve más tarde a Galicia, y años después otra vez emigra —las cosas siguen duras— de vuelta a Canarias. En concreto a Fuerteventura.

Allí entra al fin en el redil. Con treinta y tres estudia Musicología, se saca una oposición y esa mañana de 2017, justo esa «puta mañana», como dice ella, allí está, la profe de música de primaria, en el salón de actos de un cole cualquiera de Fuerteventura, concretamente en Corralejo.

«Nos reunieron a todos los profes porque venían a hablarnos unas chicas que en realidad no sé qué titulación tenían, creo que ninguna. Venían de una asociación que yo en aquel momento ni sabía que existía, las mandaba la Consejería a hablar sobre educación sexual. Igual que venía gente de Cruz Roja a hablarnos sobre pateras, que a mí siempre me pareció muy interesante, porque el padre de mi segundo hijo es africano, pues nos reúnen porque vienen ellas. Empiezan con los nuevos modelos de familia. Y me parece muy bien lo que cuentan. Tienes familias monoparentales, parejas de lesbianas, parejas homosexuales... Vale, muy bien, hay que adaptar los contenidos a los nuevos tiempos y ahora tenemos esto también. Estupendo. Yo, de hecho, tengo dos hijos de distintos padres y siempre hay quien te mira raro. En mi casa siempre ha entrado gente muy variopinta, tengo colegas lesbianas y maricones.»

Flavia habla muy real, sin zarandajas.

«Mis hijos lo han visto todo porque esta gente ha venido a cenar y a convivir a mi casa. Yo misma me considero bisexual, mis parejas han sido chicos, pero me he enrollado con alguna chica... Quiero decir, mis hijos siempre han vis-

to todo eso con normalidad, cero homofobia. O sea, que lo que empiezan contando estas chicas, para mí, bien. Lo que pasa es que luego empiezan a sacar materiales. Son cuentos infantiles, cuentitos para tener en la biblioteca del aula. Nos los vamos pasando los profes y echándoles un vistazo mientras ellas hablan. En los cuentitos aparecen personajes neutros, infantiles, que no se identifican con un sexo u otro.»

Es difícil lograr alguna intimidad hablando de esto por teléfono, a 2.000 kilómetros, ella en Fuerteventura y yo en Madrid, grabando la conversación desde un coche aparcado en doble fila en Carabanchel.

Pero, de alguna forma, Flavia y yo lo conseguimos en la primavera de 2023, cuando me va contando, seis años más tarde, aquella escena de 2017.

«Y entonces ya empiezan con la cosa», dice. La cosa.

«Estas chicas nos explican, porque están allí para formarnos, que, bueno, hay niñas que tienen pene y niños que tienen vulva. Y empiezan a hablarnos de todas las identidades sexuales y orientaciones sexuales que existen.»

Hoy, en 2023, todo este folclore ha pasado ya tanto al imaginario popular que, como se suele decir, se ha dado la *vuelta*. Hasta el Ministerio del Interior ha instruido a los futuros policías nacionales, en el temario de acceso a la oposición (capítulos 29 y 30), acerca de los «nuevos géneros y orientaciones sexuales»: «Antrosexual, birromántico, gri-sexual, escoliosesexual...». Que cada cual haga lo que le dé la gana con su vida, desde luego, pero buscad sus significados en Google e intentad no sonreír.

En todo caso, hay que ponerse en la piel de la profe de mates, el de naturales y, sí, la de música, aquella mañana

de 2017 en un *cole* de primaria de Fuerteventura. Hay que imaginarse sus caras escuchando, casi en primicia —Canarias fue una de las puertas de entrada a España—, esa neolengua que luego ha recorrido el camino desde los márgenes hasta las instituciones, y que pretende —y consigue, pues su público es cautivo— hacer la revolución mediante unos folletos, unos *palabros* y mucha purpurina.

«Yo recuerdo que los profes que estábamos allí, que éramos de diferentes edades y estilos de vida, empezamos a poner todos cara de póker. No entendíamos nada», a Flavia se le agudiza aquí el acento gallego.

«Nos empiezan a hablar de demisexual, no binario... Pero si nosotros damos clase a niños de siete, ocho años. ¿Cómo les vamos a contar esos rollos? Si son niños... Pero ¿de qué coño va esto?»

Difícilmente iba a imaginar Flavia, que quería ser cantante y que esta mañana de 2023, mientras habla conmigo, les dice «hola, cariño» a los críos que se va encontrando en el cole en el que trabaja, que sólo cinco años después de aquella charla iba a ir a Barcelona a ver a su hija querida... y en vez de ver a su hija, que acababa de empezar la universidad, vería a su hijo.

En el centro de su corazón, donde antes estaba su niña preciosa, que en aquel 2017 tenía catorce añitos y era «un pimpollo», ahora, en 2023, hay «un tío con barba».

«Hasta las cejas de testosterona.»

Y «un tío que ni me habla».